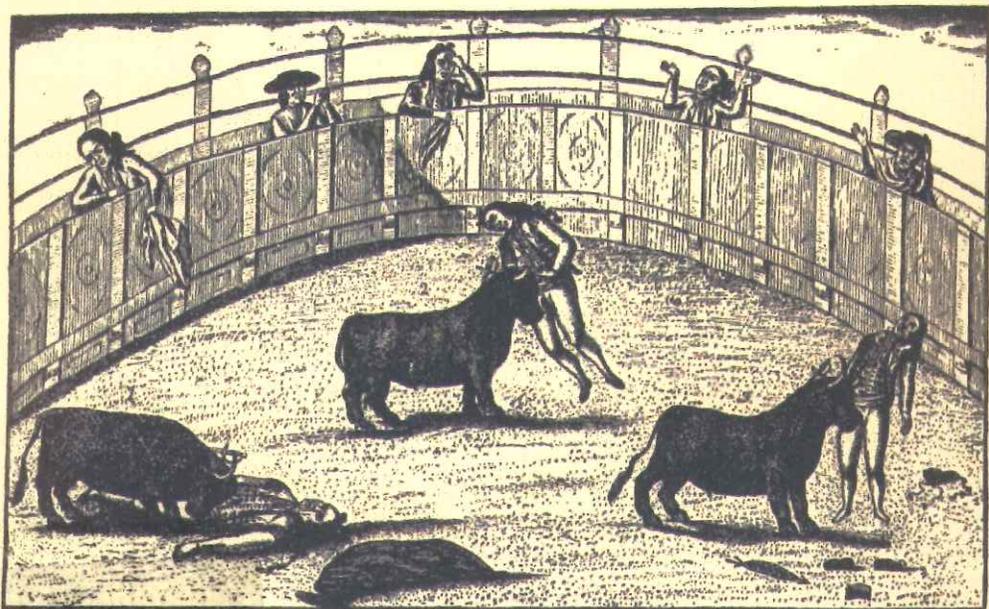


ACTAS DEL SEMINARIO-COLOQUIO SOBRE
LA CRÓNICA TAURINA

PRIMERAS JORNADAS DE COMUNICACIÓN EN LA
REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA DE SEVILLA,
CELEBRADAS DEL 4 AL 6 DE MARZO DE 1998

MANUEL BERNAL RODRÍGUEZ
CARMEN ESPEJO CALA
MARÍA DEL MAR GARCÍA GORDILLO
(EDITORES)



COSSÍO Y LOS TOROS

por
MANUEL DE COSSÍO

Todos sabemos de la creación cotidiana del tiempo y del espacio que nos rodea, que no es el tiempo y el espacio de las ciencias físico matemáticas, fría abstracción vacía de objetos y de sucesos; sino un producto de nuestra intimidad proyectada sobre las cosas. Amueblamos la casa vacía a nuestra imagen y semejanza, aportamos a ella los objetos de nuestra preferencia, colocamos nuestra butaca junto al balcón soleado, en el testero del salón el retrato viejo de nuestro abuelo y en las noches oímos llover y oímos correr el tiempo, arropados y embozados en nuestro lecho, con una fruición inconfesable, y así nuestro reloj no es una máquina de medir sino que lo convertimos en un asesino de nuestro tiempo que se nos escapa.

Quiero decir con esto que el mundo para la persona es una simple proyección subjetiva del yo de cada uno, pues sin historias de hombres, todo espacio es una superficie igual sobre la que resbala el tiempo, ya que es solo el hombre el que lo descubre y llena con su actuación, y de ahí que mi cabeza, posiblemente me haga crear o vislumbrar un tiempo solo mío en el que, vía transposición, ocupa su lugar José María de Cossío, mi antepasado, con quien tantos lazos de profundo afecto me unían y sólo temo que ese tiempo que crearé y re-

crearé no impida, como apuntaba el maestro Eckhart, que la luz de José María de Cossío y su tiempo nos alcance.

Es difícil obtener una visión simultánea y conjunta de cualquier época pasada, ya que para ello ha de crearse un estado de perpetuo presente de todas las cosas ya pasadas como si estuvieran a punto de ser cumplidas; pero a dicho empeño nos obliga este trabajo, en el que nos moveremos como el caminante que ascendido a la cumbre solo alcanza a ver pedazos de paisaje que debe ordenar, ya que nunca nos es lícito llenarlo de vacío, y así nuestro esfuerzo irá dirigido a ordenar los recuerdos y a completar los vacíos perdidos en los polvos de nuestra memoria, tratando de buscar una verdad, que se nos ofrece cambiante en todas sus esquinas, en los sagrados recintos del recuerdo.

José María de Cossío nació en el año 1892, era el menor de sus hermanos, y pertenecía a una familia y a una casa llena de libros y en la que abundaban los viejos retratos en los que sobresalían más las golas y las casacas que las armaduras y los uniformes. Todas las novedades filosóficas, literarias y artísticas, llegaban a la casa, coleccionándose dichos libros con revistas inglesas y francesas, estampas y grabados curiosos que se iban incorporando al archivo de la casa.

Su bisabuelo fue un poeta romántico y tuvo una gran influencia en tío José María y en sus hermanos Francisco, escritor, y Mariano, pintor, y recuerdo oírles decir que de pequeños no les dejaban, mas que excepcionalmente, entrar en la biblioteca y en el archivo de su bisabuelo, y que miraban dichos salones con miedo y deseo, de manera que su acceso posterior a los mismos lo llevaron a cabo con unas apetencias desordenadas de abrir los legajos y ojear volúmenes, ocupando en ello casi todo su tiempo.

Corrían tiempos en los que estalló el conflicto que se denominó *cuestión universitaria*, porque un grupo de catedráticos liberales habíase negado a someter sus programas y sus expli-

caciones a las exigencias políticas del Ministerio, en un claro repudio a la enseñanza oficial, sujeta a la tutela agobiante de intereses políticos y religiosos, señalándose dentro de dicho grupo su tío Manuel Bartolomé Cossío, con quien mantenía José María una estrecha relación familiar y personal, pese a la diferencia de edad, y que ejercía una enorme influencia en el mundo intelectual de la época y de la apreciación del Arte y de su transcendencia en la vida individual y social, quien solía decirle que «en la belleza está lo divino», esto es, el norte ideal hacia el que debe tender nuestro esfuerzo para superar lo que naturalmente se nos diera, y en esa línea fueron educados los tres hermanos Cossío, esto es en la transcendencia otorgada al influjo de la producción bella en nuestra formación y en nuestras actitudes, lo que nos proporciona una de las claves para entender a José María de Cossío, la de su espíritu crítico, que le hacía buscar la belleza y la verdad donde estuviesen y por eso tío José María, mejor que nadie en España, supo apreciar armónicamente el valor popular de los toros, que, como afirmaba, encarnaba justamente los últimos y más hondos elementos, aquellos datos primitivos del alma de la multitud que por eso se llaman naturales, y de los que brotan las escuelas, las inspiraciones y los acentos de los genios creadores.

En todo esto pone el acento José María, mostrando aquella actitud personal y nueva, aliada a una gran sensibilidad y a su extensa e intensa cultura artística y literaria, todo ello unido a un entusiasmo cálido, el entusiasmo de quién se compenetra con la revelación que a sí mismo se hace y el rendimiento fervoroso ante la creación de belleza.

Hay una cita de Manuel Bartolomé Cossío, en su libro sobre el Greco, perfectamente predicable de lo que tras José María y su obra sucede en el mundo taurino, cuando dice: «Aparece su obra con un solo rasgo, no ocasional y esporádico como hasta entonces, sino con persistencia y continuidad en las composiciones, el espíritu y la técnica que supone la exacerbación

de todas las cualidades que, desde siempre, vienen formando su carácter. El resorte ha llegado al límite extremo de tensión; ni hay nuevos tipos, ni nuevos asuntos, pero la representación de unos y otros se halla quintaesenciada, la intensidad del momento llega al paroxismo».

Como no podría ser menos las ideas de Manuel Bartolomé Cossío, uno de los fundadores en España de la Institución Libre de Enseñanza, surgida como consecuencia de la precitada cuestión universitaria, y que suponía la puesta en tela de juicio de los valores tópicos hasta entonces establecidos y la negativa a la aceptación apriorística de todo dogma, primaron sobre todas las demás en los hermanos Cossío, y es por ello, que se evidencia en José María una técnica en la investigación literaria y en la taurina, basada en la rica cantera de su experiencia inmediata, que es además una filosofía de vida, íntimamente fundida con las preocupaciones, los problemas, las dificultades y las luchas de su tiempo y de su país, pues nada en esa técnica es puramente abstracto, encontrando José María en la tradición su más rica experiencia personal, ya que es a la persona y a sus experiencias a las que hace el centro de todo, desde una concepción plena, cargada de noble tolerancia, que respetaba toda creencia o posición espiritual sinceramente mantenida.

Si bien José María cursó estudios de Derecho, su pasión sin límites por el maestro Unamuno, lo movió a seguir cursos en la entonces Facultad de Letras de la Universidad de Salamanca, donde era catedrático don Miguel y hasta cuya muerte fue uno de sus grandes amigos y el más querido de sus discípulos, con quién además pasaba Cossío largas temporadas en su Casona de Tudanca. Siguiendo el consejo de don Miguel, se formó en las ideas de don Marcelino Menéndez Pelayo, y de don Ramón Menéndez Pidal.

Con estos mimbres, unido a su entusiasmo por el mundo de los toros, fortalecido en su estancia en Salamanca con mo-

tivo de sus estudios, se forjó José María, llegando a ser uno de los grandes investigadores que haya habido en este país y de lo que es muestra su fecundísima obra, fundamental en la crítica literaria de todos los tiempos, y sin la que no es posible entender muchas cosas.

No cabe la menor duda de que en su época José María de Cossío reunía todas las condiciones para abordar un estudio serio y en profundidad sobre el mundo de los toros, pues unía a su condición de destacado investigador, amante de las artes, su completísimo conocimiento del mundo de los toros y su magnífica relación con ganaderos, toreros y resto de los personajes de la fiesta.

En esta línea, que podemos llamar taurina, José María de Cossío, escribe en 1936 un primer libro en dos volúmenes con el título *Los toros en la poesía castellana*, anuncio ya de su *Tratado* posterior y de otros complementos como su trabajo *El tema taurino y la generación del 27*, publicado en 1971.

En los medios literarios tuvo un gran impacto la publicación de este libro sobre *Los Toros en la poesía castellana*, hasta el punto que le es concedido por la Real Academia de la Lengua Española, de la que en 1947 llegó a ser Académico de número, sustituyendo a Eduardo Marquina, el premio, muy prestigioso y prestigiado, Fastenrath.

Su afición a los toros y su entusiasmo por Joselito, a quien siempre llamaba Gallito, va creciendo en el tiempo, lo que unido a que José María aglutinaba a su alrededor a multitud de intelectuales y de amigos, le convirtió en un fenómeno universal para sus contemporáneos y no solo para la Generación del 27, sino también para todos aquellos movimientos que fueren surgiendo, y para cuantos grupos se formaban en torno a un ideal, a una revista e incluso a un poeta solitario, bajo una sola máxima, la del amor a la poesía y a lo bello, así como la exaltación de la fiesta de los toros, y todo ello trajo consigo una aproximación de los intelectuales a la fiesta de los toros,

hasta el punto de hacer el paseíllo Alberti en una corrida de toros con traje de banderillero en la cuadrilla de Sánchez Mejías, y así no cabe la menor duda que el toreo se ha cantado con verdadera elevación en este siglo por sus amigos Manuel Machado, Federico y Rafael Alberti, o Vicente Aleixandre, entre otros muchos autores.

Un hito importante lo constituyó en esta línea la celebración en 1927 del tercer centenario del poeta Góngora, que fue una idea de José María, ya que no puede olvidarse su entusiasmo por su querido Lope y su admiración por Don Luis de Góngora, bajo el cual se une una generación excepcional, la del 27, nacida al fin del casi acabado modernismo y que enlazaba con la nueva poesía y que tuvo su cenit, gracias a la colaboración económica y entusiasta del torero y dramaturgo Ignacio Sánchez Mejías, en el acto celebrado en el Ateneo de Sevilla y al que no pudo asistir José María por una inoportuna enfermedad.

El tándem Cossío-Sánchez Mejías y su facilidad para aunar aficiones, estamentos y voluntades, fue el que estableció la comunicación, que luego fue tan fecunda para la fiesta, entre poetas, toreros y ganaderos (especialmente Villalón). Se ganan así nuevos espacios para la fiesta de los toros, que al son de la poesía y las artes adquiere una universalidad, que troca lo populista por lo popular y que la hace formar parte de la mejor tradición española, hasta el punto de que Ortega y Gasset decía que ya no podría comprenderse la historia de España sin el fenómeno de los toros, llegando a afirmar que, dentro de las dimensiones de la historia española, las corridas de toros, significan una realidad de primer orden, y «es una cuestión de honor para un hombre de pensamiento explicarse su origen, su desarrollo, su porvenir, las fuerzas y resortes que las engendraron y las han sostenido».

Este joven y brillante profesor de metafísica y primer Director de la Revista *España*, José Ortega y Gasset, diagnostica

la existencia de dos Españas que viven juntas y son totalmente extrañas, la España oficial, que se obstina en prolongar los gestos de una edad fenecida y otra España, aspirante, germinal, vital y estribada por la otra, que no acierta de lleno a entrar en la Historia; diagnóstico que supone el manifiesto inicial de la luego llamada Generación del 27, que se levanta al grito de Machado del «hoy es malo, pero el mañana es mío».

Preocupaba a Ortega y Gasset, dentro de esa línea denunciante de la “España estribada”, el fenómeno de las corridas de toros, y ello, pese a que confesaba ser poco aficionado a los toros, y le alarmaba que todo lo publicado sobre ello fuere debido a meros aficionados o practicantes de tal arte, pese a que reconocía que algunos de estos trabajos eran meritísimos, al entender que era penoso no se hubiere escrito ningún trabajo sobre las corridas de toros desde el punto de vista del investigador, al que llamaba analizador de humanidades, con el mismo rigor de análisis que cualquier otro hecho humano, y ello pese a ser este fenómeno de tan importante calibre.

Ortega y Gasset tenía afecto y grande por José María, amistad que le había comunicado esa preocupación por las corridas de toros, y fue quien intuyó que Cossío reunía las condiciones para elevar el fenómeno taurino a la máxima altura, ya que en la persona de José María se reunía, de una parte la afición y conocimiento de tan complejo tema, y de otra su técnica depurada como investigador y su altura literaria y artística. Todo ello le movió a contactar con José María de Cossío y proponerle, en nombre de la Editorial Espasa Calpe de la que era, creo recordar, consejero, que llevara a cabo dicha tarea con la máxima libertad y sin control alguno.

Obsérvese que *Los toros* de Cossío, tienen como subtítulo el de *Tratado técnico e histórico*, y es precisamente esta titulación, la que nos hace entender qué es lo que quería Ortega y Gasset y qué es lo que también deseaba José María de Cossío; y lo que querían, era sacar las corridas de toros de ese submundo

que supone el mero populismo y llevarlo a lo más alto, a formar parte de nuestra propia historia, con idéntica fuerza que la pintura, la música o el teatro, y que precisamente por esa razón Cossío era, en su tiempo, una persona insustituible y única en esa materia, por reunir la condición de gran investigador literario formado en escuelas tan exigentes como las de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz y que supo además llevar todo esto a los toros, de forma que se puede decir que cualquier aproximación al mundo de los toros desde ese momento debe hacerse bajo la aduana del antes y después del *Cossío*, ya que es muy posible que se publiquen libros con más datos o con más biografías de toreros antiguos que no se recojan en este libro, pero eso no es lo que se quiso hacer y lo que se hizo, pues la única pretensión fue la de sistematizar y dar una cierta idea de unidad del entonces confuso mundo de los toros, fijar sus reglas y en definitiva orbitar críticamente las corridas de toros en el firmamento de las artes para siempre, y sobre las más sólidas bases. Se trata de un trabajo gigantesco que sólo fue posible por las especiales circunstancias que concurrieron y muy especialmente con la guerra civil que obligó al autor a dedicarse casi en exclusiva a este trabajo, que de otra forma tal vez no habría podido llevar a cabo, libro que constituye el orto y el ocaso de la ciencia del toreo.

La guerra civil española y el hecho de que José María de Cossío y un grupo conspicuo de intelectuales quedara en Madrid, sin posibilidad de realizar otros menesteres, trajo consigo, de una parte tiempo para la redacción de este trabajo, en el que se empeñaron multitud de horas de investigación concienzuda, pues no puede olvidarse que las bibliotecas y archivos, solitarios de investigadores, se ofrecían a Cossío en toda su plenitud; a lo que había de añadirse la presencia, interesantísima por demás, en Madrid de sus grandes amigos Gregorio Marañón, Ortega y Gasset, el poeta Miguel Hernández que

además era Secretario de José María, Lafuente Ferrari y Antonio Díaz Cañabate, entre otros, con quienes a diario paseaba y con los que se desarrollaban largas conversaciones y lecturas sobre el libro, al que todos consideraban como un hijo propio. Podía decirse que la literatura y sobre todo la poesía se tomó un descanso en sus temas universales y adquirió un tinte trágico debido a la tremenda situación bélica y los riesgos diarios que amenazaban a los propios contertulios, quedando reducida su actividad, de una parte a las noticias recibidas de los amigos fuera de Madrid y así la tristísima noticia para todos de la muerte de Federico en Granada; y de otra parte, a la preparación de este libro.

El libro que inicialmente se pensó abarcaría un solo volumen y debido al extraordinario trabajo desarrollado por su autor, sorprendió a propios y extraños con cuatro voluminosos tomos, llegando a decir Ortega y Gasset, que se mostraba orgullósísimo del trabajo realizado, que era la obra más importante que se había realizado sobre un tema español concreto en nuestro país, preconizando sería una obra cumbre y que llegaría a hacerse necesaria, viniendo el tiempo, y casi desde el principio, a darle la razón.

Profesor de entusiasmos llamaba a José María su amigo Gerardo Diego, y así con entusiasmo y tesón acometió este monumental despliegue que permitió, con esta ingente obra, al pueblo lector e incluso al semianalfabeto convertir al escritor fecundo en el escritor de sí mismo y así el propio Cossío se traspasara y reencarnara en el *Cossío*, uno de los pocos casos en que el nombre de un autor ha merecido esta metonimia, ya que como nos decía la idea de torear cae bajo el signo de lo auténtico, y siempre lo auténtico es el más apasionante espectáculo para el hombre, al que subyuga e integra, y así de esa forma José María llegó a ser su propio libro, de manera que, pese al resto de su ingente labor literaria, es siempre en *Los toros* donde se nos aparece, llegando a ser para todos un per-

sonaje familiar, en cuanto que no se concibe su ausencia de ese mundo, de manera que su pérdida física en 1977, nos lo hizo a todos más presente y todo aficionado se siente parte de él y lo ve en las páginas de su obra, corriendo y saltando de página a página, siempre vivo y alegre, bajo el peso de esa tradición milenaria que es la fiesta de los toros.

Entre las coordenadas de su trabajo, es menester destacar la clarividencia con la que nos presenta al toro bravo como el único punto de referencia de la fiesta de los toros. Solo el toro bravo sustenta todo, y cuando nos dice esto, nos trae el eco de los bramidos de los toros acosados en las marismas, que suena como una llamada primitiva y cansada a lo largo de toda la obra.

Esta aproximación del mundo intelectual a la fiesta de los toros supuso un mejor conocimiento de esta última y lo sigue paso a paso Cossío, y así inicia su trabajo en el recuerdo de los toreros de a caballo en el XVII, al que llamaba el siglo de los rejoneadores, ya que era casi la única forma de toreo de los caballeros; y no es más que hasta muy avanzado el XVII, cuando los servidores de a pie de los caballeros montados, abandonando su única función de fijar al toro bravo, o tal vez mejor diríamos de ponerlo en suerte, y sobre todo debido a la genialidad de muchos de ellos, comienzan a interesar por su trabajo hasta sobreponerse al de los propios caballeros, con lo que la fiesta entra en una crisis que supone el fin de lo aristocrático o del toreo a caballo y la invasión del plebeyismo que arrasa desde un principio y no sólo en los ambientes más bajos y desgarrados.

Es ilustrativo de este salto del caballo a la arena, lo que recoge Cossío de un crítico de la época, en una corrida de toros en la ciudad francesa de Bayona celebrada al alborar el siglo XVIII, concretamente el 4 de enero de 1701, en homenaje a Felipe V (a quien precisamente no le entusiasmaban las corridas de toros):

Se pusieron banderillas de dos a dos. También flechas con cohetes, colocadas en el cuello, que producen gran fuego, y que enconaban de tal modo al animal que no había necesidad de pincharle para excitarle a la pelea.

Durante todo el espectáculo se paseaba seriamente un español embozado en su capa por medio de la plaza, y cuando algún toro llegaba a sus alcances la desplegaba muy pausadamente, daba al animal con un extremo en el hocico y seguía su camino, al tiempo que con aspecto tranquilo y satisfecho volvía a colocársela sobre los hombros.

Era lo que se conocía como suerte de quiebro o recorte y el origen del luego llamado torero unas veces y estoqueador otras, momento en el que la corrida de toros adquiere su máxima horizontalidad, al bajar los toreadores a la arena.

La Real Maestranza de Caballería de Sevilla, la más antigua de todas las Maestranzas, que tuvo su origen en la Cofradía de Nobles de San Hermenegildo, creada al decir de muchos en fecha no muy lejana a la conquista de Sevilla por Fernando III, El Santo, y nueva de Nuestra Señora del Rosario, se erige hacia 1670, tomando el título de Real en 1733 con la designación como Hermano Mayor del infante don Felipe de Borbón, cargo desde entonces unido a la Casa Real Española y nunca por ello ocupado por ningún Caballero maestrante, desempeña un importantísimo papel en toda esta evolución, de la que fue testigo y parte y en la que tuvo una gran importancia la genialidad andaluza, para convertirla en el cenit de las corridas de toros.

Los nombres de Vista Hermosa, Gijón, Cabrera, Freire, Gallardo, Vázquez..., designan las mejores ganaderías de toros bravos, y se va sustituyendo la unidad toro, es decir el toro aisladamente considerado, por la idea de corrida de toros, iniciándose con ello una preocupación por el toro bravo y sus caracteres, según el entorno de procedencia; y así, desde un principio, los toreros de a pie, señalan, eligen y diferencian por ganaderías y por camadas.

Es desde un principio, según Cossío, que se plantea la única verdad del toreo, a través de una doble concepción de escuelas, entre aquellos que se aprestan a su lidia, la llamada sevillana; y la rondeña, para la que la lidia tenía como único objeto la muerte del toro.

Costillares, a quien se cree el inventor de la suerte del volapié y que suponía el único recurso para poder matar el toro que no acudía al cite del torero, yéndose el matador sobre el propio toro, representa en esa época—muy avanzado el XVII— lo más florido de la escuela sevillana de los toreros de a pie. Tiene este torero como mérito especial el de haber regularizado la suerte de matar, haciéndola evolucionar en el sentido de colocar al toro cuadrado y en posición favorable para intentar herirle, sirviéndose de la muleta como instrumento, que no como mera defensa, e incluso se le atribuye, como lance de frente y parado, la verónica, sabiendo distinguir perfectamente Costillares ésta última de la suerte de la muleta.

La escuela rondeña tuvo su máximo representante en Pedro Romero, quien supeditaba exclusivamente su concepto de la lidia a la estocada, el toreo debía limitarse a lo indispensable, es decir, debía ser sobrio y austero, predominando la economía de los lances, pues la única función estimable era la de la muerte del toro en la plaza a la que se supeditaba toda la lidia, de manera que la única función del torero era la de preparar al toro para su muerte en el ruedo, y ello sin adjetivos, extremo éste en el que se separaba de la escuela sevillana, en la que el adorno y la alegría primaban en la lidia, ofreciéndose gracia y arte con la capa y la muleta.

Ambas concepciones, de una manera y otra, con muy pocas variantes, han venido sucediéndose—al decir de Cossío— a lo largo del tiempo, distinguiéndose entre los que entienden que la muerte del toro es el fin de la lidia, frente a los que entienden que únicamente es el final de la lidia, ya que pese a ser la suerte, según Pepe Hillo en su *Tauromaquia* (a la que

prestó su nombre y sus conocimientos, pues al parecer era analfabeto) de más mérito y más lucida, así como la más difícil y que más llega al espectador, no es la única ni debe serlo; y así sólo en lo rondeño el fracaso de la estocada es el de la corrida. En unos lo importante era matar los toros, en otros el correr los toros.

A la muerte de Romero y Costillares han quedado fijados los puntos básicos del toreo, y es desde estos de los que se parte y se viene partiendo por todos los toreros; bien es verdad que se producen algunos cambios, pero todos ellos no suponen más que un desarrollo de lo anterior, y así Cossío destaca a Francisco Montes *Paquiro*, que es quien fija una estrategia implacable en la sucesión de tercios y suertes; y el extraordinario poderío de Guerrita que llegó a autorizar con su nombre una segunda Tauromaquia y en la que oficializa y consagra el cite de la res de lado en la verónica, que si bien supone una ventaja para el torero, permite que se verifique una mayor parada ganando en belleza la suerte.

Pero es con la llegada a los toros de Belmonte y Joselito *el Gallo*, cuando se produce un salto cualitativo en la técnica del toreo, que llega a revolucionar, según Cossío, todo el arte del toreo.

Para Cossío, acérrimo gallista y gran amigo de Juan, Belmonte era un auténtico revolucionario que provocó una crisis profunda y meritoria en la concepción y en los fines del toreo, probablemente la crisis más grande que ha conocido la fiesta de los toros, ya que fijó nuevos terrenos, hasta entonces inexplorados, mediante el recurso de invadir el terreno que de siempre se había entendido era propio del toro bravo. Pisaba terrenos, que se acostumbraban a denominar por los críticos de su tiempo como "terrenos comprometidos", que no había pisado nadie, ni siquiera el sevillano Antonio Montes iniciador de la violación de los terrenos del toro, y en los que el toro pasaba a cortísima distancia del torero y por tanto al hacerse

más cortos y más violentos los tiempos, el cruce con el toro, se verificaba en brevísimo espacio y casi sin posibilidad de enmendarse, lo que, según decía José María de Cossío, aunque parecía un contrasentido, en cierta forma le daba una mayor seguridad al torero, al perder el toro toda idea de las distancias y de la arrancada; y ello lo conseguía Juan Belmonte colocándose junto a la cabeza de la res, para lo que se cruzaba, yéndose hacia el pitón contrario. Debió ser impresionante esta forma de andar y de acercarse a los toros, para los que le vieron por primera vez, que además traía como consecuencia al tener que citar de lado que el pase fuera largo, más largo que nunca se había dado, pues duraba más tiempo que con el sistema habitual, y esa su largueza le daba en su total ejecución un mayor espacio de tiempo, lo que le hacía parecer más lento y se confundía con temple en muchos casos, siendo así que si había temple no era por el espacio de tiempo necesario para rematar el pase, sino por la maravillosa adecuación que realizaba de la muleta con la embestida del toro continuada durante más tiempo del acostumbrado.

Joselito *el Gallo* —Gallito o José para Cossío— previó el dominio del toro con el lance largo y las manos bajas, llevaba consigo el poder y el mando y amplió el poderoso toreo de Guerrita, aunando el dominio del toro en la plaza con el predominio sobre el pueblo con su arte, con un toreo largo como el que más, unas poderosas facultades físicas, alegre y adornado, pero con sobriedad y nunca con jactancia, con fertilidad de recursos defensivos y con el que el toreo al decir de Cossío recobró su cauce ancho y su transcurrir caudaloso.

El dominio de José fue fundamentalmente artístico, ejercido conforme a la tradición y a las reglas más conocidas y depuradas, dominio que perfeccionó, pues en seguida entendió la fuerte apuesta de Belmonte y la incorporó a su tarea.

Uno de los aspectos más característicos de José María de Cossío era la íntima conexión entre el arte y la vida, de forma

que encarnaba en su propia existencia el ideal de su arte, vivía según el concepto de su vida que él mismo expresaba en sus obras, ya que su vida humana era también materia esencial de su creación artística. Amante de Lope de Vega y de todo lo español, desdeñaba las reglas que venían impuestas desde fuera y todo símbolo o exaltación le apasionaba elevándolo como algo sustantivo y principal, lo que le hacía bucear en lo sublime, lo maravilloso y lo fantástico, frente a la fría comprensión de la realidad inerte, que le movía hacia el ideal, el sentimiento y la imaginación, con una especial inclinación a la historia y a la poesía, y de ahí su aproximación a la fiesta de los toros que le sumergía en el lirismo, la violencia de colores, la exaltación individual y el amor patrio.

Desapareció Cossío en 1977, justo a los cincuenta años de aquella fabulosa edad en que la poesía y los toros dieron aire de plenitud a una época de España, tras un tiempo prolongado en que tuvo perdida la memoria, muriendo de la misma enfermedad que su querido poeta de *Las soledades*.

Hoy su voz enmudecida nos sigue hablando desde sus páginas, y su recuerdo se me hace más presente en su Casona de Tudanca, sentado en su mesa de trabajo, arrebatada de libros y de papeles, con las montañas apretadas alrededor. Su figura, cada vez me cuesta más retenerla, adormecida en el fondo del valle, mientras más allá resuenan las voces de la plaza, el alarido final de Joselito, el llanto de Federico, los gritos de la multitud y vagan a su alrededor silenciosamente los espectros de los que se fueron, sus sombras queridas que vagan por los callejones y tendidos, el olor del oratorio tan fuerte y penetrante que transportaba a unas misas lejanas en el regazo de su madre y poco a poco todo se va borrando, envuelto en un color blanquecino que nos separa del pasado tratando de no romper la cadena, de no interrumpir el proceso, porque la fiesta sigue y seguirá siempre.



LISTA DE DUEÑOS DE TOROS,
QUE EN LAS PRIMERAS FIESTAS DE LOS DIAS
22 y 23 de Abril se han de jugar en la Plaza de la Real
Maestranza de Caballería de esta Muy Noble, y Leal Ciudad de
Sevilla, con expresion de las Divisas, que han de salir, nombres
de los que les han de dar muerte así de acaballo, como
de á pie. Año de 1763.

Dueños. Colores y Divisas.

DE D. Josepa Maestro.....	Verde.
Del Marques de Valle Hermoso.....	Azul.
Del Marques de Rùchena.....	Anteada.
De D. Francisco del Rio, y Riscos.....	Blanca.
Del Algaravejo.....	Negra.
De D. Ramon Liberal.....	Encarnada, y blanca.
De D. Thomas de Rivas.....	Encarnada.
De D. Francisco Esquivel.....	Azul, y Encarnada.
De D. Fernando Ossorno.....	Verde, y blanca.
Del Conde del Aguila.....	Azul, y blanca.
Del Marques de Medina.....	Azul, y anteada.
De D. Luis Ibarburu.....	Encarn. azul, y blanca.
De Manuel Gonzalez.....	Rajiza, y morada.
De Gregorio Vazquez.....	Negra, y blanca.

EN los dos referidos dias se dará muerte á 44 Toros de las dichas
 Castas, probando fortuna á su braveza, de acaballo, los diestros
 Christobal Ravisco, Francisco Gil y Juan de Escobar; y de á pie, los
 conocidos Juan Miguel, Manuel Palomo, Joachin Rodriguez, y Antonio
 Albano. Dios quiera se ejecuten sin la menor desgracia, recordando á los
 aficionados a esta diversion contamos desde las primeras fiestas públicas en
 España seiscientos sesenta y tres años; en cuyo espacio se han formado va-
 rias plazas en nuestra Peninsula, excediendo, estando acabada, (no se si diga
 á las del Orbe) la de esta Ciudad.

Con licencia. En Sevilla, en la Imprenta baxo de N. sra. del Populo, en culto
 Genova, y permiso de la Real Maestranza.